

1 Noola, la extraterrestre

– **S**omos los campeones, somos los campeones –cantó un chico estúpido del otro lado de la ventana del vestuario de las chicas.

–Pobrecitos –dijo Melanie Jones, mientras se frotaba las piernas con una loción que tenía aroma a fresas–. Les ganamos tres semanas seguidas, y por una vez que ganan, se creen los mejores.

–Sí –respondí, al tiempo que me recogía el pelo hacia atrás y me hacía una trenza–. Lo de hoy –proseguí, levantando la voz para que el Chico Estúpido me oyera– no fue más que un tropiezo en el excelente desempeño de nuestro equipo.

–Sí –concordaron al unísono mis compañeras, que estaban cambiándose después del partido de fútbol.

–Estuvieron muy pésimas –replicó de un grito el Chico Estúpido. Metí mis cosas en el bolso y salí al sol deslumbrante de junio. Allí estaba el Chico Estúpido, es decir, Will Evans, arquero del equipo de los varones.

–¿Me hablas a mí? –le pregunté.

Will trató de enfrentarme de igual a igual, lo que no era fácil pues yo mido un metro setenta y tres y él apenas llega a un metro sesenta y cuatro.

–Sí –respondió a la altura de mi nariz.

–En ese caso, ¿te importaría usar bien la gramática? Se dice “estuvieron pésimas”, no “muy pésimas”.

Will se ruborizó y los chicos que lo rodeaban empezaron a burlarse. Me sacó la lengua.

–Ay –dije, bostezando–. Qué miedo.

A esa altura, la mayoría de las chicas del equipo habían terminado de cambiarse y habían salido a ver qué pasaba. Siempre era lo mismo. Todos los sábados, después del partido, el juego continuaba fuera de la cancha. A menudo las chicas bombardeaban a los muchachos con globos llenos de agua de los grifos del vestuario.

Levanté mi bolso para irme a casa. En las últimas semanas me había aburrido de todo eso. Estaba segura de que tenía que haber una mejor manera de llamar la atención de un muchacho que arrojándole agua.

El caso es que era sábado y eso significaba almorzar con mis padres. Papá insiste en que comamos juntos “en familia” en aquellas raras ocasiones en que no está trabajando. ¿*Qué familia?*, pienso yo. No es que tenga cientos de hermanos. Sólo Marie, que tiene veintiséis y vive en Southampton, y Paul, que tiene veintiuno y estuvo estudiando en Bristol.

–Hey, Watts –llamó Will.

–Me llamo TJ –repliqué, volviéndome.

–¿TJ? ¿Qué clase de nombre es ése? –se burló Mark, otro de los chicos del equipo–. TJ. TJ.

Traté de pensar alguna respuesta inteligente.

–Es mi clase de nombre –respondí, a falta de algo mejor.

No quería explicar la verdadera razón. Nunca dejarían de burlarse. Mi nombre completo es Theresa Joanne Watts. ¡No puede ser más aburrido y femenino! Pero Paul me llama TJ desde que yo era bebé, y el apodo quedó. Mucho mejor que Theresa Joanne. Pero no pensaba explicarles todo eso a los tontos de la secundaria St Joseph. Si se enteraban de que odio mi verdadero nombre, me llamarían así siempre.

–De acuerdo, TJ. Tú y yo –dijo Will, señalando una mesa de picnic que había junto a la cancha–. Allá. Una pulseada.

Eso sí era tentador. La pulseada era mi mayor talento.

Miré mi reloj. Tenía tiempo.

–De acuerdo, Evans. Prepárate a morir.

Ocupamos nuestros puestos, uno frente al otro a la mesa, y los dos acomodamos los brazos, apoyando los codos. Apenas nos aferramos las manos, una pequeña multitud se congregó en torno a nosotros.

–Preparados –dijo Mark–, listos, YA.

Empezamos a pulsar y me esforcé por mantener el antebrazo derecho.

–Vamos, TJ –exclamaban las chicas.

–Fuerza, Will –alentaban los muchachos.

–TJ, te busca un tipo frente al vestuario de los chicos –dijo Dave, el capitán del equipo de los varones, que llegaba en ese momento.

–Buen intento –respondí, sin levantar la vista. No pensaba perder la concentración por el truco más viejo de todos. Además, Dave era buenmocísimo, y yo siempre decía o hacía alguna estupidez cuando había alguno de esa especie cerca. Me obligué a concentrarme. Los que nos rodeaban empezaban a entusiasmarse al ver que mi brazo seguía firme y el de Will empezaba a debilitarse.

–Muéstrale, TJ –dijo una de las chicas.

Sentí que la fuerza empezaba a fallarme cuando Will volvió a la carga y mi brazo flaqueó. Entonces apelé a toda mi energía y ¡bam!, el brazo de Will quedó contra la mesa.

–¡Viva! –exclamaron las chicas, y luego se pusieron a cantar–. *Somos las campeonas. Somos las campeonas. Las Campeonas de Europa.*

–Chicas estúpidas –rezongó Will, frotándose la mano y dirigiéndose a quitar el candado a su bicicleta–. No importa: nosotros ganamos el partido y eso es lo que cuenta. Ahí tienen.

–¡Qué infantil eres! –repuse, y me alejé.

–De veras hay alguien que te busca, TJ –dijo Dave, al tiempo que me alcanzaba y me ponía una mano en el hombro.

Cuando me volví y miré sus ojos azules, el estómago se me llenó de mariposas.

–No lo dije para distraerte. Allá está, ¿lo ves? –prosiguió–. Un hippie de pelo oscuro y arete.

Miré hacia donde señalaba y allá estaba mi hermano Paul, a poca distancia.

–*Nisincia* –dije a Dave, que me miró confundido.

Me encogí de hombros y me volví hacia mi hermano, que me saludó de lejos. *No tenía sentido explicar nada*, pensé, mientras caminaba hacia Paul. Dave jamás entendería que, cuando estoy delante de un bombón como él, Noola la Extraterrestre se apodera de mí. Ella no conoce muchas palabras. Principalmente, palabras como *ahyah*, *yuneuí* y *nisincia*, que, según creo, significan: “ah”, “sí” y “gracias”, en idioma extraterrestre.

–Hola, TJ –me saludó Paul, dándome un abrazo.

–Hola –respondí, y lo abracé también.

–Es un poquito viejo para ti, ¿no? –se burló Will, que pasaba en bicicleta.

–Sal de aquí, degenerado –repliqué, mientras tomaba a Paul del brazo y lo apartaba del gentío–. Es mi hermano.

Paul sonrió y miró a Will.

–Parece que estoy interrumpiendo algo.

–Ni lo pienses.

–Vamos, puedes contarme. ¿Alguien especial?

–Sólo los de siempre –respondí–. ¿Vienes a comer a casa?

–Sí –suspiró Paul y se pasó los dedos por el pelo–. Qué mala onda tiene papá. Quise escaparme un rato y vine a buscarte.

–¿El Ogro sigue enojado contigo?

Paul asintió.

–Bastante. Por la forma en que no deja de regañarme, cualquiera pensaría que asesiné a alguien y no que dejé la universidad. Pero tú ya lo conoces.

¡Vaya si lo conocía! Noche y día, mamá y yo teníamos que escucharlo hablar y hablar... *Paul arruinó su vida. Paul desaprovechó una oportunidad única. Paul desperdició su talento. Ojalá Paul fuera más parecido a Marie. Él siempre fue un soñador. Todo le resultó demasiado fácil. ¿Qué va a ser de él? ¿En qué nos equivocamos?*

Y así seguía durante horas.

Es que papá es un importante asesor médico. Mamá es médica clínica. Hasta mi hermana, Marie, es médica. El plan era que Paul se uniera al club, que siguiera los pasos de la familia. Sólo que él nunca quiso eso. Paul quería ser músico. Les siguió la corriente por un tiempo. Obtuvo buenas calificaciones. Ingresó a la facultad de medicina. Cursó un año. Hizo un fin de semana de autodescubrimiento en Londres y vio la luz o algo así. Dejó la facultad. Se dejó crecer el pelo. Empezó a hablar con la jerga de autoayuda. Se dedicó a estudiar medicina alternativa y rechazó casi todo lo que papá representa. Ay.

Papá se volvió loco.

Mamá se puso triste.

Pero yo me alegro. No de que la esté pasando mal, claro. Me da pena que reciba tantas críticas, pero es que papá espera que yo también estudie medicina. Ajj, no gracias. Demasiada sangre. Yo quiero ser escritora, de modo que espero que todo este problema con Paul prepare el camino para cuando sea mi turno de caer en desgracia.

–Hablando en serio, parece que tienes muchos admiradores allá –observó Paul, señalando la cancha de fútbol.

–No –respondí–. Los chicos nunca se interesan en mí.

–Pues a mí me parecían muy interesados.

–Sólo porque soy campeona de pulseadas –respondí, sonriendo–. Tenía que ponerlos en su lugar después de que perdimos el partido esta mañana.

Paul me miró y suspiró.

–TJ, eres imposible. Abre los ojos y huele las hormonas, nena. Debes de ser la chica más linda del equipo.

–¿Yo, linda? No me digas. Déjate de bromas.

–No es broma –repuso, y tiró de mi trenza.

–Sólo lo dices porque eres mi hermano.

–No –insistió–. Siempre estás menospreciándote. No te das cuenta de lo hermosa que eres.

–Ahora sí que estás bromeando. Ni en sueños podría conquistar a un chico.

–¿Lo has intentado?

Me encogí de hombros.

–Eh... no sé. En realidad, no. Pero... lo que pasa es que, o me pongo a hablar como una extraterrestre, o me vuelvo mandona y empiezo a corregirles la gramática. Vamos, ¿cómo voy a conquistar a alguien así? O, si no, los aterrizo con mi fuerza sobrehumana. Ya sabes, los humillo ganándoles en las pulseadas. No es muy femenino. Es que nunca me sale bien.

–Ya lo lograrás, TJ –dijo Paul con suavidad.

–Pero ¿cuándo? La mayoría de las chicas de mi año tienen los labios paspados de tanto besar chicos. ¿Y yo? Lo único que tengo son raspones donde algún chico me pateó jugando al fútbol. No tengo remedio. Hannah era muy buena con los muchachos. Les gustaba mucho.

Paul me miró, preocupado.

–Lamento lo de Hannah. Mamá me lo contó. ¿Cuándo se fue?

–Hace dos semanas –respondí, y se me llenaron los ojos de lágrimas. Aún me dolía su partida, pero estaba decidida a no llorar como un bebé delante de Paul. Hannah era mi mejor amiga. Y acababa de mudarse a Sudáfrica. Sí, Sudáfrica. No es precisamente un lugar adonde puedes llegar en autobús cuando tienes ganas de charlar. La extrañaba muchísimo.

–Pronto encontrarás nuevas amigas –dijo Paul.

Aaaayy. Si alguien más me dice eso, creo que voy a gritar. De hecho, si Paul no fuese mi hermano, le habría dado un puñetazo. La gente no entiende. Dice: “Pronto encontrarás nuevas amigas”, como si se pudiera ir a comprarlas al supermercado.

–Yo no quiero nuevas amigas –repliqué–. Quiero que vuelva Hannah.

Hannah era única. Divertidísima. Sabía que nunca más conocería a alguien así. Era ella quien le había puesto a mi padre el apodo de “el Ogro”. Y si estábamos juntas, los chicos nunca se daban cuenta de que me quedaba muda o decía idioteces: Hannah parloteaba por las dos. Podía esconderme tras ella y ellos no se daban cuenta de que en realidad me paralizaba la timidez.

Al doblar la esquina de nuestra cuadra, casi nos topamos con el Sr. Kershaw en la acera, frente a nosotros. Estaba paseando a su perro, Drule. O, mejor dicho, Drule estaba paseándolo a él. Drule es un ovejero alemán enorme, y al Sr. Kershaw le estaba costando contenerlo.

–Está ansioso por llegar al parque –explicó, sonriendo, mientras Drule tironeaba hacia adelante.

Reí y me encaminé a nuestro portón, pero Paul me detuvo.

–En realidad, TJ, no entres todavía. No vine sólo para acompañarte a casa. Tengo algo que decirte.

–¿Qué cosa?

Al verlo pasar el peso de un pie al otro, algo me dijo que no me iba a gustar lo que quería decirme.